

A DON JESÚS, ALMA DE LOS CURSOS DE HISTORIA

ALFREDO ALVAR EZQUERRA
Director de los cursos de Historia
de la Real Sociedad Económica Matritense
Director de la revista *Torre de los Lujanes*

Resumen

Se recuerda y destaca en este artículo el decisivo papel de don Jesús López-Cancio, como secretario general de la Real Sociedad Económica Matritense, en la puesta en marcha de los cursos de Historia y en el desarrollo y consolidación de *Torre de los Lujanes* como una de las más prestigiosas revistas de Humanidades españolas.

Palabras clave: *Real Sociedad Económica Matritense – Torre de los Lujanes.*

Hace no sé cuántos años ya, el Dr. Fernando Cillán me invitó a una reunión con don Jesús López-Cancio para poner en marcha unos cursos de Historia de Madrid.

Si mal no recuerdo, en aquella entrevista (y si no fue en esa entrevista, fue en conversaciones posteriores), don Jesús me planteó sus ilusiones por difundir la materia entre socios y estudiantes de Bachillerato y de Universidad.

Al paso de los años, contemplo aquellas nuestras ingenuas ilusiones con cariño. Digo ingenuas ilusiones y digo bien, porque pensamos que nuestra oferta cultural podría interesar a jóvenes bachilleres postadolescentes. Vamos, a estudiantes de la LOGSE.

A don Jesús en las primeras conversaciones que teníamos, le bullían las ideas joviales y entusiastas. No le podía decir que no a nada. Era todo afable energía, caballerosidad y ganas de transmitir conocimientos. Además, por todos sus poros desprendía *auctoritas*.

De los primeros ciclos nació un libro, *Visión histórica de Madrid (siglos XV-XIX)*, editado por la Matritense en 1991, que no fue el único resultado editorial de su actividad como Secretario General de la Institución¹. Era lógico, porque lo llevaba en la sangre.

(1) Las obras publicadas a expensas de la Matritense están recogidas en la web <http://www.economicamatritense.com>.

Sin embargo, y aun a pesar de que se agotara ese texto muy pronto, habían sido tantos los sinsabores del proceso editorial e incluso distribuidor, que no hubo más libros de los ciclos de Historia. Pero no importaba, porque afortunadamente, gracias a estar él al frente del boletín de la Sociedad, iba desperezándolo número a número. Le gustaba guardarlos en casa en cajas hechas a medida y por años. Porque don Jesús era muy sentimental, sensible y cuidadoso.

Así que urdimos la idea de editar en *Torre de los Lujanes* los textos de las conferencias. Recuerdo su discreción con infinito agradecimiento. De vez en cuando, cuando era necesario, una llamada telefónica: «Alvar, ¿cómo van los textos de las conferencias?»; y Alvar, como loco empezaba a recordar a los conferenciantes que había que dar un texto, con o sin notas, más o menos científico, pero que reflejara una idea o una síntesis, o algo de lo expuesto desde la tribuna de la Cátedra Campomanes. A veces, con el beneplácito de don Jesús, aunque no con su aplauso, aceptábamos textos ya editados, pero con ligeras modificaciones para la revista. Y es que nuestros argumentos eran válidos: lo que se piensa no se puede estar reformulando permanentemente para decir lo mismo; además, si quieres contar con una firma de prestigio, habrás de conformarte; el socio lector acaso no tenía acceso a revistas especializadas y con *Torre de los Lujanes* le poníamos en casa firmas y textos de primera.

Y así fue andando la revista. Él hacía su acopio de textos y yo, por mi parte, recopilaba las conferencias. En verdad que, puesta la vista atrás, me maravillo de todo lo que se ha podido hacer con la revista. Sin él, no habría sobrevivido al paso del tiempo. Por ello, el éxito de los cursos de Historia fue siempre indefectiblemente unido al correcto funcionamiento de la revista.

Aquella primera entrevista tendría lugar a finales de 1989. Hace ahora de ello dos décadas. Hacía algo más de un año que había defendido mi tesis doctoral sobre las repercusiones en Madrid del establecimiento de la Corte en 1561. Por ello empezamos a preparar cursos de Historia de Madrid. El primero fue dedicado a la Edad Moderna: así se ganaba tiempo y se ponía en marcha el rodaje organizativo, aunque ya estaba muy contrastado, porque los éxitos de los ciclos de Filosofía o las conferencias sobre Carlos III y la Ilustración habían dado un punto de madurez a los miembros de la Secretaría en materia de organización de actividades culturales.

En cualquier caso, el segundo ciclo se dedicó a la Edad Contemporánea. El tercero a una miscelánea madrileña, el cuarto desde la Baja Edad Media al siglo XVIII.

Al principio, don Jesús quería que cada curso tuviera dos ciclos, uno de otoño (o invierno, según dispusiera el calendario) y otro de primavera. Pero pronto caímos en la cuenta de que era más provechoso ir numerando los ciclos correlativamente.

Por otro lado, era fascinante invitar a cualquier profesor a dar una conferencia y encontrar un sí inmediato por respuesta; porque responder a un llamamiento de don Jesús y de la Matritense era un honor. Sobre todo para los especialistas en la Edad Moderna de España. Efectivamente, él y muchos de los conferenciantes irradiaban una suerte de orgullo continuador institucional que de ninguna manera se puede perder ni trastocar. Servir a la Matritense es servir a una institución viva desde 1775. Ni más, ni menos. No es servir a una institución que va tirando. Ahí están su archivo y las actas de sus reuniones para captar lo que implica la continuidad, que no ha de ser –afortunadamente– comunión ideológica (porque, desde luego, ¿con qué ideología se comulga, de las muchas que han pasado por la Matritense?)

Sin embargo, a todos nos ha unido desde el siglo XVIII (y era el fundamento existencial de don Jesús) el lema «Socorre Enseñando», que ha de ser entendido y expresado con toda la intensidad de lo que implica. Para *estar* en la Matritense hay que *ser* de los que creen en el «Socorre Enseñando».

Pasados los primeros cursos de Historia de Madrid, en los que los llenos del salón de actos fueron una constante y la calidad de los profesores y sus textos está recogida en la web, se aproximó el mítico 1992. Desde entonces acá, en España se ha trabajado mucho a ritmo de centenarios. Tal proceder tiene la ventaja de saber cuáles son los objetivos culturales. La Matritense ha actuado en paralelo a todas estas conmemoraciones, pero autónomamente, es decir, sólo con financiación de Caja Madrid.

En cualquier caso, impartidas cerca de una veintena de conferencias sobre 1492, volvimos a los cursos de Madrid, al Arte y al Teatro, porque eran temas que habían quedado abiertos en los ciclos anteriores.

Cuando se iba a dar el X ciclo (con un jaleo considerable en la numeración por las razones explicadas antes) ya había fuerza y prestigio bastantes como para dedicar no ya uno, sino dos ciclos a nuestro gran olvidado: Jovellanos. Se le dedicaron dieciocho intervenciones.

El siguiente curso lo organicé cumpliendo con su expreso deseo de discutir sobre los movimientos sociales en el mundo contemporáneo. Él me propuso a algunos de los grandes transformadores sociales de la postguerra, a los agentes de la configuración de un Estado moderno que aún pervive. Junto a ellos hubo historiadores, sociólogos, politólogos. Una de las conferencias la dictó una profesora de la Universidad Complutense, cuya carrera ha variado algo desde entonces a hoy: me estoy refiriendo a Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo. Su texto está en el número 31, de 1996, de *Torre de los Lujanes*.

Con dos años de antelación a la que se avecinaba sobre el recuerdo de la muerte de Felipe II (1598), se prepararon tres cursos monográficos sobre

aquel reinado. Fueron cursos apasionantes, una treintena de conferencias de renovación historiográfica, de reflexión sobre los mitos y las realidades de aquella segunda mitad del siglo XVI. Por la Cátedra Campomanes pasaron todos —o casi todos— los grandes especialistas de España y una nutrida representación de profesores extranjeros. Y el salón de actos a rebosar.

De nuevo nos adelantamos a otro de los centenarios y se organizó un ciclo sobre el 98, desde el punto de vista histórico. Y, de nuevo, jóvenes investigadores, junto a reconocidos científicos, hablaron desde la tribuna de esta Real Sociedad.

Este descanso que el siglo XIX daba a la Edad Moderna concluyó inmediatamente. Así, a lo largo de 1999 se dictaron dos ciclos sobre el período crucial de nuestra historia, el año de 1700, el final de la dinastía de los Austrias y la entronización de los Borbones.

Por fin, a lo largo de 1999 y el 2000, siguiendo el ritmo de los acontecimientos de su vida, se habló de Carlos I, el rey; Carlos V, el Emperador, y *Carolus Invictissimus*.

El XX ciclo (según la numeración oficial, pero el vigésimo segundo según la real) y el siguiente se preocuparon por las maneras de vivir la vida alegre y la no tan alegre en las ciudades de Europa en los tiempos del Renacimiento, el Barroco y la Ilustración, de cómo las monarquías y las urbes a veces iban coaligadas en sus intereses, a veces habían de defender posiciones contrapuestas... ¡aún en tiempos del absolutismo!

Con la celeridad que requerían los gravísimos acontecimientos del 11-S, se montó otro curso sobre los antagonismos entre el Islam y Occidente a lo largo de la Historia; se habló también de la pobreza producto de la corrupción y de la incapacidad de crecer económicamente por los atávicos obstáculos religiosos, y se habló de bioterrorismo: hasta la víspera, prácticamente, no se nos comunicó quién iba a dar la conferencia.

Y durante los cursos siguientes se siguió apostando por el arriesgado juego de presentar disertaciones sobre graves problemas sociales actuales (por ejemplo, los ciclos destinados a mujer y sociedad; la emigración; las relaciones con Asia —a propuesta de un extraordinario exalumno mío (Nicolás de Pedro)— con referencias a nuestro pasado para poder ver con ojos sin anteojeras o, por otro lado, ahondar sobre cuestiones históricas netamente, que son muy del agrado de los socios de la Matritense. Así, Isabel la Católica, Cervantes, Colón, El Cid...

El primer ciclo de 2008 fue dedicado al marqués de la Romana y su expedición a Dinamarca. La cuidada organización por parte del Instituto de Em-

presa hizo que la Matritense, aun a pesar de su contrastada capacidad, quedara desbordada por todas partes. Nunca se había visto tanto público en la Sala.

Y, en fin, ahora ya sin don Jesús, hemos dedicado dos cursos al reinado de Felipe III. El primero ha tenido como personaje central a Juan de Mariana; el segundo, a los graves sucesos de 1609, con la firma de la Tregua de los Doce Años, los rebeldes flamencos y la expulsión de los moriscos. En 1609 se publicó la *Comedia Nueva* de Lope que revolucionó nuestro teatro.

Toda esta ingente actividad nunca podría haberse llevado adelante sin el benemérito patrocinio de la Fundación Caja Madrid, lo cual permite que, aun antes de dar la conferencia, el ponente sienta un reconfortante reconocimiento a tan trillada y correcta organización.

Hace no sé cuántos años también, pensé que qué mejor que poner algo de música clásica más o menos vinculada al tema de la conferencia, durante media hora, antes de empezar. Era agradable ver que algunos, con tiempo, iban a la Matritense a «echar» un ratito tranquilo; incluso había asiduos asistentes que se pasaban ese rato leyendo.

Y así las cosas, se dio un salto en el vacío: al ponerme en contacto con Catalina Gurska surgió la idea de dar pequeños conciertos antes de las conferencias. De su Escuela Musical nos han ido enviando desde noviembre de 2004 alumnos para que interpretaran alguna pieza. Han desfilado críos que abultaban menos que sus violines e igualmente ha habido pianistas sobrecogedores, que se transformaban en su adolescencia ante un teclado. A algunos los hemos conocido con pantalones cortos, luego echando espinillas y finalmente pasarán a la Universidad y dejarán de deleitarnos. ¡Es entrañable el recuerdo de uno que no se atrevía a salir ante tanta gente, o del otro que en medio de la actuación perdía el arco que salía por los aires; o tenerlos que avisar de que se acercaran más a la barandilla, no fueran a dar un golpe a alguno de los cuadros...!

Con don Jesús se pusieron las bases de la gestión automática de los recursos y de los tiempos. Porque de él también aprendieron sus subalternos y colaboradores en la Secretaría, sin cuyo concurso (Joaquín Villarta, Alicia Muñoz, Eladio Herráez o Ángel Valderas) todo habría sido cuando menos imposible de realizarse.

Del modelo de gestión de estos ciclos, de estos **treinta y nueve ciclos** con sus **más de trescientas intervenciones** —que se dice pronto—, la Matritense ha tomado buena nota, y todo lo demás (divulgación científica, introducción al Derecho, a la Economía, a la Literatura, etcétera) se ha hecho a su imagen y semejanza. Hice otras conferencias monográficas sobre Madrid, que venían a completar el madrileñismo científico que se practicaba en la Matritense.

Probablemente la **continuidad** en la gestión, en la organización, en la dirección y, sobre todo en la financiación, es el rasgo característico de los cursos de Historia de la Matritense.

Además, la **excelencia**, porque siempre se ha contado con los más preparados o los más prestigiosos profesores de cualquier sitio que fuera, siempre y cuando el presupuesto lo permitiera.

En tercer lugar, la **edición** de las conferencias en *Torre de los Lujanes* y la conservación de todas ellas grabadas, con lo que la Matritense tiene un fabuloso archivo de voz que debemos organizar.

Y, en cuarto lugar o como síntesis de todo ello, la **libertad**. La libertad de invitar a quien quisiera; la libertad de cátedra, de exposición de ideas e ideales, nos han permitido apartarnos de la intransigencia o del sectarismo. Y eso se le debe a don Jesús López-Cancio en lo referente a los cursos, y en general a nuestro Presidente, don Ramón, en todo lo demás.

Hace ya casi veinte años que organicé el primer ciclo para don Jesús, que se sentaba en la primera fila a mano izquierda y que asistía con callada atención a una y otra conferencia. Luego, al acabar el curso de turno, yo le rendía cuentas y hablábamos de unos u otros. Y de la vida. Gracias a la Matritense y a él, me fogué en muchas cosas de las actuaciones en público. A él no le salían pelos en la lengua para criticarme, para hacerme ver que los tiempos del conferenciante no son los del público; que el público no es el mismo aquí o allí, que no hay que bombardear con todo lo que se sabe...

De él, y gracias a él, aprendí mil cosas. Entre otras, que un director ha de estar en todas las conferencias, que a los conferenciantes no se les puede dejar solos, y que tampoco hay por qué hacer tediosas y vacuas presentaciones. Y es que he tenido la fortuna de poder contrastar todo esto con experiencias por otros sitios y me quedo con el modelo de la Matritense, el de entregar el breve *currículum* del conferenciante a los asistentes, el de la salutación brevísima pero arropada por la dignidad que tiene de presidente, nuestro Presidente, y la dación de la palabra por parte del director del curso al ponente. Todo ello en menos de cinco minutos. ¡Cuántas veces los he visto impresionados al entrar en el salón haciendo el paseillo con las sillas abarrotadas y aun sin haberse repuesto de la impresión escénica, esperando la presentación, cogérles de sorpresa el tener que hablar sin esperárselo aún!

Y la megafonía preparada, los micrófonos de pinza para poner en la corbata (¡ay, Dios, cuando es un escote!); el agua servida, los silencios clamorosos y el expositor, sintiéndose cada vez más a gusto adornando su faena, recreándose en su discurso. Y eso se nota.

Porque otro de los secretos de la Matritense es el de que agradecemos el esfuerzo a quien viene a hablarnos. Si, por cualquier motivo, no avisa de que va a usar el ordenador y lo dice al llegar, no pasa nada: se le monta el ordenador inmediatamente, sin ningún problema. Si en el último momento trae un memorial de quince páginas para fotocopiar, no importa, se va corriendo a las papelerías de los alrededores para hacer las setecientas fotocopias en dos minutos. Siempre, pues, la voluntad de que todo salga bien, de que el conferenciante no sepa cómo se cuece el pan en el horno y de que se sienta importante. Porque lo es.

He tenido la suerte de organizar otros ciclos para otras instituciones. El problema habitual es el de que no se sienta imbricación personal —sólo laboral o contractual— entre quienes han de estar al pie del cañón y la institución que organiza. Suele pasar en organismos públicos. En cierta ocasión, sé de uno que en un Museo Nacional de pintura no pudo proyectar imágenes porque no lo había anunciado con veinticuatro horas de antelación y no estaba ni preparado el cañón de proyección, ni el encargado, ni la llave del cuartito de detrás del salón de actos. Incómoda sensación la de empezar una conferencia con recriminaciones de culpabilidad.

Así he visto pasar estos veinte años desde la Tribuna de la Cátedra Campomanes. Ha habido gentes que han acudido a uno y otro y otro curso con lealtad infinita. ¡Y no sabemos nada de ellos! Sólo que están ahí, haciendo de la semana de las conferencias días especiales en sus vidas. A veces faltan. Mejor no saber por qué.

Los cursos van destinados a los socios, al público en general, a estudiantes. Nunca quisimos, ni lo haremos, aun a pesar de que esto vaya en nuestra contra, pedir créditos universitarios. A la Matritense viene orgullosamente el que quiera, a cambio de nada..., o de sólo aprender a escuchar. No queremos universitarios que vengan a cambio de los créditos. Eso es para la Universidad. La Matritense funciona de otra manera. Porque es otra cosa en este Madrid actual.

También fue cosa de don Jesús emplear una plancha del siglo XIX para hacer los diplomas que se entregan a los asistentes que han acudido a la mitad más una de las conferencias. Y al acabar el ciclo, se eligen al azar a tres o cuatro de los que han cubierto la asistencia y se les da públicamente el título. ¡Y es tan al azar que algunas veces ese día no ha ido! ¡Qué vergüenza pronunciar un nombre y que nadie se mueva de su asiento! A ellos, y a todos, se les regala, porque así lo quiso don Jesús, o un libro de la Matritense, o un ejemplar de *Torre de los Lujanes*.

En fin, ya te dejo tranquilo, buen lector, lector amigo. Sólo te pido que, si no lo has hecho aún, o no lo haces con frecuencia, entres en la web, mires

los *Cursos de Historia*, apuntes el nombre del conferenciante que te interese, vayas a la *Base bibliográfica*, lo localices, y pidas a la Secretaría de la Matri-tense el texto de la conferencia, o en cualquiera de las bibliotecas públicas de Madrid, pues todas, o casi todas, reciben la revista.

A don Jesús le encantará que lo hagas. La molestia, por él, merece la pena. ¡Ha sido tanto lo que he aprendido de él! Sobre todo, que no se pierda el «Socorre Enseñando».

Si lo prefieres, podríamos vernos en el próximo curso. Y tráete a tu gente, que nos encanta ver caras nuevas.

Por ti llevamos haciéndolo desde 1775.

